

ejercer libremente su derecho, satisfaciendo así á los pueblos latinos y á las provincias que reclamaban contra las violencias y las exacciones de los procónsules y de los propretos.

Habia, pues, grandes cosas que hacer, un noble papel que desempeñar, no teniendo por mira un interes personal, sino en provecho de la cosa pública, y ello se habria conseguido con la ayuda de ese sentimiento vivo y rudo que se llamaba por excelencia el sentimiento romano. El cristianismo, léjos de ser un motivo de temor, como lo fué para los emperadores, habria sido un auxiliar para la república, y habria esparcido entre los ciudadanos pobres y sin esperanzas, ese principio de caridad, de amor, de dulzura y de obediencia que jamas conoció el antiguo pueblo romano.

Difícil es, lo confieso, resolver, á distancia, semejante problema; pero es indudable que el que hubiese tratado de resolverlo en el sentido indicado, mereceria el nombre de grande, aun cuando hubiera sucumbido en la empresa. En cuanto á Augusto, no merece este nombre, puesto que hizo precisamente lo contrario. Nunca pensó mas que en sí mismo, y agotó en su provecho las fuerzas vivas del Estado. Aquel senado, en que habia tantos nombres hermosos, tantas tradiciones, tantos generales y políticos, lo anuló, lo hizo cómplice de sus comedias, lo convirtió en un adulator sin respeto, en un complaciente sin pudor, y le impuso el secreto en sus deliberaciones; pues en tiempo de Augusto fué cuando empezaron á dejarse de publicar los actos del senado.—Los legisladores romanos, convertidos en adictos del emperador, van á servir para hacer procesos inícuos, para justificar las ilegalidades, para hacer condenar á todos los que conviene; van á crear las complicaciones de derecho, que harán que los procedimientos estén erizados de peligros para los ciudadanos.

—El ejército, que era la fuerza del país, que se componia de labradores, de ciudadanos que tomaban las armas para defender el suelo de la patria, va á convertirse en soldadesca del emperador. Se llama á los veteranos de César; se les distribuye, mezclados con los de Augusto, en veintiocho colonias, y se constituyen, por decirlo así, en estado de perpetua amenaza al servicio del amo.—Los empleos públicos se multiplican hasta lo infinito, y forman en manos del emperador una especie de red que se extiende, en provecho de su poder, sobre todas las partes del imperio. El pueblo se resentirá de esta perniciosa influencia. En lugar de elevarlo, todos los esfuerzos del emperador tenderán á envilecerlo. Así como el amo, el pueblo se verá tambien obligado á representar una comedia y á ir á los comicios á votar con una apariencia de libertad; ya no será mas que un pueblo ajeno á sus deberes, que espera su bienestar únicamente del emperador, y al que solo preocupan los juegos que se le preparan, y que se inquieta sobre todo por saber si los trigos le llegan de Sicilia ó de Africa.

Pues bien ¡todo esto se borra, se olvida, se perdona! Veis á los espíritus mas graves que hacen á un lado todos estos grandes intereses políticos, y que dicen: ¡era necesario! ¡era preciso crear la grandeza romana! Y os hacen aparecer á Augusto como administrador.

Se os dice: era preciso que todos estos elementos disímboles fuesen amalgamados, era preciso romper y volver á hacer aquel molde demasiado pequeño para contener al mundo, era preciso que las formas republicanas desapareciesen, era necesario sacrificar á todos los partidos políticos para crear aquella administracion que ha sido el modelo de la humanidad, y de la que tratamos de acercarnos como de un ideal.

La administracion romana del imperio se ha convertido, en efecto, en una especie de ideal, hácia el que se dirigen siempre las miradas.

Es cierto que bajo el punto de vista de la administracion, se hicieron cosas muy bellas en tiempo de Augusto. El mundo entero se quejaba, la conquista habia dejado tras sí muchos sufrimientos, y no siempre habia podido el senado satisfacer las reclamaciones de los pueblos conquistados. Sin embargo, es muy difícil juzgar á distancia todos los hilos imperceptibles de la administracion. Lo veis aún en nuestro país, cuando queremos abrazar con una sola ojeada todo lo que pasa en la administracion, con cuánta dificultad nos damos cuenta de las numerosas ruedas que la componen. ¿Qué será á una distancia tan considerable, cuando queremos remontarnos á los últimos tiempos de la república? No obstante, parece que en el arte de regir á los pueblos, aquella república romana no era tan incapaz como se nos pinta; que aquel senado, que habia conquistado tantos reinos, que los habia sometido á su dominio, que habia convertido á tantos pueblos en tributarios de los romanos, que habia llevado el nombre romano hasta los últimos límites del mundo conocido, que aquel senado, digo, tenia en sí una fuerza administrativa; que aquella órden de los caballeros tenia, sin duda, alguna ciencia y algun talento de los negocios, y que, en resúmen, todas las provincias, todos los países, que durante tres siglos tuvo Roma bajo su dominio, no habian estado tan mal administrados. Que haya habido abusos, que algunos procónsules ávidos de riquezas y que tuviesen gusto por la ilegalidad, que los Vérres, por ejemplo, hayan á veces violado de la manera mas flagrante las reglas de aquella administracion, no lo niego; pero era la excepcion, y no es posible admitir que un

pueblo tan reducido en número como el pueblo romano, haya podido apoderarse del mundo conocido, y conservarlo en su poder, sin poseer cualidades administrativas esenciales. Además, estad persuadidos de que si no hubiera habido ya un cuadro que constituyese la administracion, Augusto nada habria hecho. Quiero reconocer en él al regulador, al hombre de órden que ha sabido establecer una unidad maravillosa; pero tampoco olvido que nada fué posible sino despues de la república, que lo habia fundado todo, que todo lo habia desarrollado, y que la omnipotencia, concentrada en las manos de un solo hombre, no podria explicar aquella grandeza.

Que Augusto haya singularmente desarrollado con su habilidad lo que yo llamo la *almohada política*, ese sentimiento suave, fácil, amable, que dispensa á los ciudadanos del peso de sus negocios, que, en los dias de crisis y de peligro, en que es menester mostrar que se tiene corazon, los dispensa tambien de la energía necesaria para resistir; que les haya dicho: vivid tranquilos, ahí teneis granos, teneis juegos, la paz está asegurada, el templo de Jano está cerrado; todo esto está muy bueno, pero es el sueño á la sombra de un árbol venenoso. Pero tambien sabeis que Roma y las provincias han visto levantarse fortunas escandalosas, sobre todo entre los amigos del príncipe. Y de ello encontramos testimonios, aun en los mismos admiradores de Augusto; en sus sátiras, Horacio hace alusion á ellas de una manera trasparente.

Extender así sobre un imperio una red de funcionarios adictos, fundirlo todo en un mismo molde, hacer que todo venga á dar á una sola mano, ¿es esto una condicion de grandeza duradera? A esto contestarán los siglos siguientes, y la decadencia inmediata de ese coloso facticio que se llama im-

perio. Tal vez no tengo, señores, en estas materias delicadas, una autoridad suficiente á vuestros ojos. Por lo mismo, me coloco tras de un espíritu eminente que vivió bajo la monarquía y que ha juzgado de una manera admirable á los romanos. Oid á Montesquieu; él nos dirá lo que en este punto debemos decidir:

«Augusto, astuto tirano, condujo á los romanos á la servidumbre. No es imposible que aquello que mas lo deshonrara haya sido lo que le sirvió mejor. Si al principio hubiese mostrado una alma grande, todo el mundo habria desconfiado de él. Estableció el orden, es decir, una servidumbre duradera, pues en un Estado libre en el que se quiere usurpar la soberanía, se llama *regla* á todo lo que puede fundar la autoridad sin límites, y se llama *motin*, *disension*, *mal gobierno*, á todo aquello que puede conservar la honrada libertad de los súbditos.»

Llego al cuarto punto de vista: á Augusto protector de las letras y las artes.

Como tal, señores, hace una gran figura; como tal, supo procurarse una singular ventaja, pues observad que los poetas, los literatos y los artistas, son los que mas que nadie, y me atreveria á decir los únicos, que han contribuido á crear para la posteridad, ese fantástico personage de Augusto, y á imaginar esa quimera de la autoridad absoluta y divinizada, ante la que diez y ocho siglos se han arrodillado.

Augusto, protegiendo las letras y las artes, hace levantar á su derredor un concierto de voces elocuentes y poéticas, y que manos hábiles lo reproduzcan con ayuda del mármol y del bronce, como un tipo de belleza. Por medio de ese cortejo de hombres de génio, de talento y de ingenio, impuso á la sucesion de los siglos la memoria de su nombre, pues las

obras que no inspiró, pero en las que supo tomar parte, han llegado á ser inmortales.

Sin sustraerse á lo que parece justo, preciso es, sin embargo, mirar hácia atras, y mostrarse equitativo con el tiempo que precedió. No rehusó mis elogios á Augusto, protector de las artes y las letras, pero con la condicion de que se haga tambien justicia á las épocas anteriores. Fuerza es no desconocer todo lo que habia de grandeza, de originalidad, de atrevida concepcion en el arte de los últimos siglos de la república. No olvidemos que el sentimiento etrusco supo acomodarse al arte latino, y que el mismo arte griego, aunque se introdujo como vencedor, tuvo que someterse á aquella influencia secreta de grandeza que Roma poseía. Recordemos que todos los tipos de arquitectura se encontraban bajo la república. Bajo el imperio, púdose desarrollarlos, darles énfasis, emplear mas bellos materiales, buscar dimensiones mas imponentes sobre la imaginacion y los sentidos; pero la invencion, la grandeza, todo lo que era, en fin, verdaderamente romano, remonta á los últimos siglos de la república.

¿Tenia Augusto inclinacion por las letras? Sí, la tenia, como todos los romanos de aquella época. Entre sus contemporáneos, no habia jóven romano que no tuviese pasion por las letras griegas, que no tuviese preceptores escogidos entre los mas ilustres de los pueblos conquistados, que no hubiese ido á Atenas y á la Asia Menor, que no estuviese educado, en fin, con un esmero de que hoy dia ni siquiera podemos formarnos idea.

Augusto no solo amaba sériamente las letras, sino que las cultivaba. Hacia versos, algunos muy licenciosos, que son los únicos que han llegado hasta nosotros. Marcial nos los

ha transmitido, y nadie se atrevería á traducirlos. Hizo un ensayo de tragedia de Ajax, que á lo que parece era una obra bastante mediana, puesto que un dia frotó sobre ella su esponja. Con este motivo, decia á sus aduladores: "Ajax ya no existe, mi esponja lo mató." Hizo un poema sobre la Sicilia, compuso discursos, escribió cartas, unas injurias, que dirigió á Antonio, antes de ser su cómplice, otras lisonjeras, que dirigió á Ciceron, antes de dejarlo asesinar.

En sus obras, lo mas elevado son sus discursos políticos, que desgraciadamente no han podido conservarse, y su famoso testamento, que es la narracion de toda su vida y de los actos mas importantes de su reinado. Solo allí puede juzgarse de la sencillez y de lo altivo de su estilo: cuando se está colocado en ciertas esferas y que se habla desde arriba, el estilo toma naturalmente el sello de la situacion de que se ocupa.

En cuanto á las artes, las amaba como los grandes señores de la república. No las practicaba, pero como los personajes de la época, se procuraba por todos los medios posibles las obras maestras de la Grecia. Se atrajo á los artistas griegos, y provocó, si no una escuela, por lo menos una inmensa produccion de obras de arte.

Todos aquellos poetas que cantaban á su rededor, cantaban necesariamente sus alabanzas. Horacio, el antiguo republicano, el viejo camarada de Bruto, no vacila en unir sus acentos á los de tantos otros aduladores y en escribir ese verso que lo ha de deshonar á nuestros ojos, en el que, para hacerse perdonar de Augusto el haber combatido al lado de Bruto, se acusa de haber arrojado su escudo. Era la lisonja mas vergonzosa pero tambien la mas delicada. Virgilio, el jóven propietario de los alrededores de Mántua, desposei-

do por los veteranos de Octavio, muestra su gratitud al que despues de despojarlo, le vuelve sus bienes. ¿Y qué diré de Ovidio, el triste amante de Julia? En suma, esos grandes espíritus, que habrian podido sostener y difundir las ideas generosas, y levantar al pueblo, recordándole su grandeza y sus pasadas luchas, no han sido mas que complacientes aduladores. El poema épico, en que Virgilio cuenta la historia de la Roma real, á fin de hacer remontar á la familia de Augusto hasta Eneas y hasta Vénus, no es mas que una inspiracion que recibió orden de tener y una lisonja dirigida al emperador.

Sin embargo, en el patronato de las letras y las artes, Augusto se mostró entendido: lo que ha servido á su reputacion y á su gloria casi tanto como los versos que cantaban sus alabanzas, ha sido la eleccion que hacia de sus amigos. No fué á buscar á los antiguos conspiradores, á los fautores de las guerras civiles, ó á los amantes de Julia, para confiarles la mision delicada que consiste en acariciar á los espíritus, en atraerlos, en seducirlos, en encantarlos. No; buscó á Mecénas, que se ha conservado como un tipo; pues hoy decimos un Mecénas, así como desde Molière un anfitrión. Es un término general. Por conducto de Mecénas llegaban los beneficios á los poetas indigentes, y las inspiraciones á los poetas agradecidos. Augusto habia escogido tambien para secundarlo á un hombre lleno de energía, tan bueno para la guerra como para la paz, y cuya actividad se hacia sentir en todo el imperio, que era Agrippa, su yerno. Este tenia la direccion de los trabajos públicos, é hizo ejecutar un gran número de obras considerables, tanto en Roma como en las provincias. Era un hombre honrado, que fué universalmente

sentido. Elecciones tan hábiles ennoblecian la servidumbre impuesta á los espíritus.

Es mas difícil seguir é indicar la influencia de Augusto en los arquitectos célebres ó en los escultores de su tiempo, porque no conocemos casi á ninguno, con excepcion de Vitruvio. El nombre de aquellos no ha hecho gran ruido y no ha llegado hasta nosotros, y esto quiere decir que su vida es desconocida, y que nada sabemos de la accion que pudo ejercer en sus inspiraciones personales el poder de Augusto ó de sus ministros. Pero al ménos podremos señalar las tendencias generales de cada ramo del arte.

La arquitectura va á ser magnífica. Ya no será aquella arquitectura de la república, tan apropiada al espíritu de Roma. Todo va á tomar proporciones inmensas, á volverse enfático, griego por la forma, imperial por las pretensiones y el carácter. Las ciudades van á trasformarse. Augusto se jactará de haber recibido á Roma de ladrillos y de haberla dejado de mármol. En efecto, es cierto. Augusto y Agrippa hicieron innumerables construcciones en Roma, tal vez demasiadas, pues muchas veces, al buscar en lugares muy conocidos, no se encuentra la huella de los monumentos de la república. Sea que esos monumentos hubieran llegado á ser insuficientes por su exigüedad, ó que los materiales parecieran poco dignos de la época imperial, ó que evocasen un recuerdo importuno bajo Augusto, se suprimieron en general las construcciones de la república, para construir edificios mas hermosos, mas ricos, mas extensos, que llevaban todos el sello de la garra imperial. Todo lo que databa de la república estaba condenado á desaparecer; el templo de Vesta, que existe todavía en Roma, fué reconstruido bajo el imperio. Casi todos esos nuevos monumentos tendrán por ob-

jeto recordar las victorias del emperador, la grandeza de César, ó los beneficios del soberano durante la paz, y llevarán el nombre de los diversos miembros de su familia, de su muger, de su hija, de su yerno. La dinastía entera podrá clasificarse por medio de estos edificios. Habrá los pórticos de Octavia, los baños de Livia, el teatro de Marcelo, la basílica de César, el foro de Augusto, etc. En todas partes dominará el carácter personal. Por otro lado, el público encontrará tambien su parte de placeres. Tendrá abrigos contra la lluvia, basílicas para hablar de sus negocios privados y comerciales, pero no de política! Tendrá hermosos foros, nada menos cinco; tendrá tantos mas, cuanto menos podrán servir á la libertad. En ellos se conversará, se paseará; pero reunirse y deliberar sobre los negocios públicos, rara vez. Habrá baños y teatros en abundancia. Y cuando se trate de votar, siendo el campo de Marte malsano y húmedo, se prepararán lugares abrigados, á los que se irá á votar, á lo largo de las barreras, como vemos en nuestros dias á la entrada de los teatros. Pero votar, por quien? Qué importa? Habrá comodidad, es lo esencial.

Sea como fuere, la arquitectura del tiempo de Augusto, impregnada de arte griego, era muy hermosa. Era sobre todo admirablemente propicia á los goces de los ciudadanos. Así fué como se formó esa almohada de que os hablaba hace poco, en la que no se tienen inquietudes, pero en la que, al mismo tiempo, se pierde el sentimiento de los deberes políticos.

En cuanto á las fuentes erigidas ó reparadas durante el reinado de Augusto, son innumerables; van á inundar á Roma. Su número asciende á mas de setecientas. Es una avalanche de cascadas, de acueductos, de surtidores de agua, de

albercas. Habrá agua para todas las necesidades de la vida. Estas aguas animarán el paisaje, derramarán por todas partes la frescura, y serán agradables al pueblo romano. Lo celebre: Roma se aprovecha de los beneficios de Augusto, hace bien; Roma, durante muchos siglos, se había privado de toda esta agua; pero también es cierto que en aquella época no se habría privado de la libertad.

Por todas partes se ve que el gran cuidado es administrar la ciudad. Además, como decía Aristóteles, que tiene algo de la penetración de Maquiavelo, cuando habla del poder absoluto, que ya comenzaba á reconocerse en el tiempo de Alejandro: «Es preciso que un usurpador (los griegos eran impolíticos, usaban la palabra tirano) administre su ciudad como si fuera propiedad suya.» Esto fué lo que se vió en Roma, en tiempo de Augusto. Todo se transforma. Aquel campo de Marte, que en la época republicana era un vasto campo de gimnástica, donde la juventud sencilla y vigorosa se entregaba á todos los ejercicios del cuerpo, para ir á arrojarse, en seguida, inundada de sudor, á las aguas del Tíber; aquella inmensa llanura que era, por decirlo así, la escuela de la fuerza, del valor, del heroísmo romano, Augusto que, sin embargo, necesitaba soldados, pero que prefería hacer cuidar las fronteras y hacerse cuidar á sí mismo por los veteranos, encontraba el campo de Marte demasiado grande, y ponía especial cuidado en llenarlo de una multitud de construcciones. La parte que baña el Tíber, la vasta plaza que representaba tantos siglos de trabajos, se llena de agradables monumentos. Hay mercados donde los vendedores están á cubierto, hay paseos con muchos árboles, hay baños, hay el inmenso mausoleo de la familia imperial, con sus jardines; en una palabra, se provee á los goces de los ciudadanos; pero con este pre-

texto, se invade esa plaza consagrada en otro tiempo á la vida pública y á la libertad.

Admiraremos, pues, la arquitectura de Augusto en sus detalles, pero no olvidaremos que, en su conjunto, aquel brillo exterior oculta redes tendidas á los ciudadanos.

En cuanto á la escultura, es otra cosa. La escultura, se puede llamar el arte imperial por excelencia. En los monumentos de aquella época, domina en todas partes el sentimiento griego. Augusto tenía pasión por la antigua escultura griega. Amaba á los artistas de Scio, á los de la escuela de Sámos, á los antiguos artistas jónicos; hizo traer de Grecia y colocar en el Palatino, pero no en su propia casa, obras salidas de sus manos. En cuanto á los artistas que vivían cerca de él, á juzgar por los numerosos monumentos que quedan de aquella época, han debido pasar una parte de su vida en representar á su antojo las facciones de los diversos miembros de la familia imperial. Lo que indica que hubo una producción considerable de esas estatuas y de esos bustos, es el número que de ellos se encuentra en Roma y en las aldeas vecinas. En los mármoles que representan á Augusto, examinados con un poco de atención, se reconoce la mano de artistas consumados en el arte de imitar la naturaleza; pero al mismo tiempo se nota que han tratado de dar á esos retratos una expresión grandiosa; es este un rasgo particular del génio griego; los griegos no han podido nunca dejar de estampar cierto carácter ideal á la fisonomía de los tiranos, aun los más execrables.

El arte, pues, se convierte al mismo tiempo en decorativo y personal. Pero Augusto será generoso; no querrá que el cincel reproduzca tan solo sus facciones. Escogerá con discernimiento entre los muertos cierto número de romanos

ilustres, y mandará hacer estatuas de ellos para adornar su foro, y él mismo redactará las inscripciones, á fin de hacerles justicia á su modo.

En cuanto á los personajes que tiene su tumba en la vía Appia, y á las estatuas y bustos que se hallan sobre esas tumbas á lo largo de las vías romanas y que son retratos de muertos, son de un orden secundario. Es evidente que los artistas que trabajaban para personajes subalternos, como los libertos ó mugeres desconocidas, no eran los mismos que hacian estatuas para los personajes de la corte.

La pintura tomará tambien el carácter de la época. Ya no será la gran pintura griega, creadora, heróica, inspirada, representando á los dioses ó las escenas de la epopeya. Será, sobre todo, una pintura decorativa, y ya sabeis á qué grado de perfeccion habia llegado por los frescos de Pompeya, que os revelan lo que seria en la capital del mundo.

Las artes subsidiarias que se acomodan generalmente al gusto de los soberanos, florecerán, en fin, bajo Augusto. El arte de grabar camafeos, piedras, sellos en que estén representados ya la efigie del soberano, ya el símbolo que prefiere ó el signo bajo que nació, será llevado muy léjos por los artistas griegos, entre los que figuran Solon y Dioscórides, grabadores favoritos de Augusto.

En las medallas, se nota sobre todo una perfecta interpretacion de la indicacion del asunto. Se advierte en ellas un talento increíble, no ménos grande que en el arte de grabar los camafeos.

Al llegar al poder, Augusto encontró todos los elementos de esa grandeza, cuya iniciativa se quiere conceder á él solo, y sin embargo no hizo mas que continuar lo que sus predecesores habian hecho. Despojó á la Grecia de sus obras maes-

tras, hizo venir á artistas griegos, y toda su gloria consistió en ese patronato que hizo dar á su época el nombre de siglo de Augusto.

Entendámonos, sin embargo, señores, en lo que se ha convenido en llamar un gran siglo. Lo que es yo, confieso que me siento ofendido cuando en las artes y en las letras no hay moralidad. Me complazco en hallar que una cosa bella es al mismo tiempo justa. Quisiera que nada hubiese grande, respetado por la unanimidad de los espíritus, mas que lo que es honrado. No puedo admitir, por tanto, una conciliacion perfecta entre la perfeccion en las obras del espíritu ó del arte, y las preocupaciones bajas de servilismo, de interes, de adulacion, á las que se añade el sacrificio de la libertad, que en todo me parece la necesaria inspiracion del génio.

Cuando comparo los siglos que tienen un nombre en la historia, me espantaria si tuviera que reconocer que tal época degradada, ha sido mas grande y mas fecunda en las letras y las artes, que tal otra época en que los hombres han sabido honrar la justicia, amar á la patria y defender la libertad. Ciertos espíritus tienen la inclinacion contraria: y se adivina por qué motivo. He tratado, señores, de resolver este delicado problema; habria deseado deciros algo absoluto; pero os traigo al ménos proposiciones consoladoras acerca de las que quisiera despertar vuestras propias reflexiones.

Considerad, por ejemplo, los siglos de Pericles y de Alejandro, esos dos siglos en que el espíritu humano, teniendo necesidad de reasumirse, toma á un hombre como tipo de los demas: ¿qué encontráis en ellos? En la época de Pericles, tenemos todos esos goces, esa serenidad superior que eleva al hombre sobre sí mismo; en todas partes brilla la verdad, el

amor de lo grande y de lo bello, en política el respeto de la libertad. En la de Alejandro, hay también verdadera grandeza. Alejandro representa, no el despotismo, aunque se apoderara de la Grecia, sino la fuerza de expansión del genio griego. Esto es lo que va á llevar hasta el fondo del Asia, hasta los bordes del Indo. Aquella vida tan rápida y tan corta, no tuvo tiempo de crear la servidumbre; bajo el reinado de Alejandro, los artistas conservan una especie de independencia. Había todavía inspiraciones fuertes, grandes cosas creadas, aunque ya el carácter de los artistas empezaba á ceder, inclinándose hacia el soberano.

Y antes de Augusto, ¿qué es lo que encontramos? La época etrusca, que ciertamente es poco conocida, pero es una época de libertad. Los pueblos etruscos formaban una federación. Es una civilización aparte, que tiene su carácter propio, que no se confunde con ninguna otra, que no depende más que de sí misma, y que por consiguiente es creadora. Los pueblos etruscos no crearon más que hasta cierto grado, pero el hecho es que crearon.

En esa época de la república, que ilustraron los Escipión y los Catón, el arte recibió un grande impulso. En todo lo grande y bello, el imperio no hizo sino desarrollar todo lo que había inventado el arte de la república, aceptando al mismo tiempo sus principios.

¿Qué representa Augusto en las artes? ¿La creación? No, sino la imitación. Bajo él, se imita. Se hace venir el arte griego, tal cual es, ya rebajado; las obras maestras de la Grecia inundan á Roma por orden del emperador. Todo lo que se hace no es más que imitación. Horacio imita á los poetas griegos en sus odas y en sus elucubraciones anacreónticas; sus *Eglogas*, sus *Geórgicas*, en su *Eneida*, Virgilio

imita á los más célebres poetas griegos. Los contemporáneos de Augusto son esencialmente imitadores, la mayor parte de los artistas de la misma época han pasado su vida copiando las obras maestras de la Grecia.

Si pasais al Renacimiento italiano, ¡oh! este sí fué creador, y es en su conjunto una de las más bellas creaciones del genio humano. ¿Pero dónde se hizo esa creación? ¿Fué bajo Leon X, en Roma? No, sino en las repúblicas de Pisa, de Florencia, de Siena, de Venecia, de Ginebra. Ahí fué la cuna del Renacimiento y no en Roma, á donde no fué sino una importación. Si Leon X supo apoderarse de Rafael, de Miguel Angel, de Bramante, que son los últimos corifeos del Renacimiento, no fué más que una apropiación en beneficio de Roma, que siendo la capital de la cristiandad, esforzándose por ser la capital de las artes; pero el verdadero origen del Renacimiento debe buscarse en las repúblicas del Norte de Italia, en las que sí hubo creación fecunda, y de las que salieron todos los artistas para ir á decorar á Roma.

Tal es, pues, el germen que quisiera depositar en vuestros espíritus: la libertad hace crear, el despotismo hace imitar. Con vuestras meditaciones, señores, desarrollareis este principio, y sacareis la consecuencia de que en el arte y en la literatura debe haber moralidad.

Sé muy bien que no se puede impedir que los poetas y los literatos sean sensibles á las caricias, á los halagos, á las recompensas. No se pueda hacerlos insensibles á las órdenes del soberano. Por consiguiente, cuando un soberano lo quiere enérgicamente y dispone de medios poderosos, puede animar, excitar, agotar á un artista, ó más bien á una turba de artistas. Pero cualquiera que sea la fuerza de una voluntad, hay algo que nunca podrá producir, y es la creación original de

AUGUSTO.

los poetas, de los artistas, como lo vemos bajo Pericles, en Atenas y en la época del Renacimiento, en aquellas repúblicas libres del siglo XV. Los mismos etruscos tuvieron su desarrollo original, y fueron creadores. Los romanos de la república tambien lo fueron y mucho mas de lo que generalmente se cree: hace dos años, señores, que os lo demuestro.

Esas épocas de la verdadera libertad, lo son tambien de la creacion verdadera. Entónces aparecen los tipos, las formas, que mas tarde serán imitadas. Entónces las ideas se manifiestan. Despues, solo se harán amplificaciones de retórica, reproducciones mas ó ménos exactas, para complacer á tal ó cual soberano; pero fuerza será pedir á esas fuentes generosas y puras la inspiracion y los modelos.

Las épocas de servidumbre en que un solo hombre gobierna un país, pueden ser épocas brillantes, deslumbradoras, relativamente fecundas, que se imponen á la humanidad á la que se le hacen gustar y admirar; pero solo son brillantes por el exterior, por la forma, por el don de imitar. Estas épocas no inventan y son incapaces de crear nada. Por casualidad puede surgir un destello, pero es la excepcion.

No nos cansaremos de repetirlo, señores, las grandes épocas para las artes y las letras, son y deben ser grandes épocas tambien para la libertad.

II.

AUGUSTO EN SU CASA.

No puedo dejar de alabar el ejemplo que dió Augusto, y que debia haberse propuesto á los soberanos, de preferencia á muchos otros, cuando lo veo tratando de introducir entre los ciudadanos la sencillez de las antiguas costumbres romanas, habitando una casa modesta, contentándose con lo necesario, haciendo grandes gastos en los monumentos públicos, y muy cortos en las cosas privadas. Ciertamente hay en este punto de la vida de Augusto, una sabiduría real, cualquiera que sea la causa de su conducta, ya que haya sido guiado por el instinto político, por su gusto ó por el cálculo. Por lo que hace á mí, prefiero creer que fué por su voluntad, pues el buen juicio, cuando se quiere tener, es mas honroso que la prudencia instintiva. Era, pues, el gefe del Estado quien queria conducir al pueblo que gobernaba á cierta sencillez, juzgándola conveniente, en las costumbres roma-